

¡Ah, nuestros Cerros,  
donde la fuerza atómica  
algún día . . .  
vendrá a servir al hombre,  
y en donde  
se moverán los ascensores  
con la gracia y agilidad  
de las gacelas a vuelo de pájaros! . . .

¡Ah nuestros Cerros  
los que no deben recoger  
el polvillo mortal

de las sorpresas tenebrosas,  
de la miseria tenebrosa . . .  
Ni en los días de amarillo dorado,  
ni en las noches  
con banderas de sueño,  
ni cuando la luna  
va en su viaje  
con María  
y Jesús,  
y su borrico! . . .

De su libro inédito *Valparaíso*.

SARA VIAL

## La ciudad indecible

Detén tu escaleras un instante  
para alcanzar tu rostro,  
después serás el vértigo o el humo,  
hoy quédate en reposo.

¡Escapas desde el mar, no te detienen  
las riendas del vacío,  
¡en ti la gravedad es una rosa  
de fresco devarío!

¿Qué fábula te enrosca a lo imposible,  
qué cable te sostiene,  
a qué urbanización de las estrellas  
destinarás tus sienas?

Prefieres levantar sobre la espuma  
tus altas propiedades  
de polvo y vendaval, volando lejos  
de las otras ciudades.

Con lápiz de arco iris te dibujan  
los vientos de la infancia,  
¡yo tuve allá diez años y una ausencia  
parecida a las lágrimas!

Bajé del laberinto de los sueños  
por tu costado de agua,  
me puse como un rápido pañuelo  
tu niebla en las mañanas.

Desciende de tus trenes un segundo,  
detén tus ascensores,  
no corras en el aire, suelta un rato  
fugaz tus pescadores.

Quiero mirar tu rostro mar afuera  
del cuerpo en que he crecido,  
saber en qué terminan tus balcones  
recién humedecidos.

Subida a tu desván estaré viendo  
los viejos mascarones  
que me contaste ayer, los volantines  
antiguos, las visiones  
de todo lo que fuera tu reflejo  
distante, perseguido.  
Detén tus escaleras un instante.  
¡Quiero apresar tu olvido!

*La ciudad indecible*. Imprenta Victoria. Valparaíso, 1958.

ALEJANDRO GALAZ

## Casablanca

Esa aldea tan vieja es un barco velero  
que una recia tormenta arrojó a la llanura.  
Hay en todas las cosas un dolor marinero  
y en las almas labriegas una sed de aventu-  
[ra.

Junto al puerto del alba, desde el muelle  
[del monte,  
yo miré muchas veces las pupilas aldeanas

navegar pensativas hacia el ancho horizonte  
y llenarse de cosas imposibles, lejanas.

Cara al sol o a las nubes, en tormenta o  
[bonanza,  
con las manos asidas al arado bravío  
y vaciando en los surcos tanta incierta espe-  
[ranza,  
cada obrero es un fiero capitán de navío.